

Editorial:

Capitalismo Cognitivo y Comunicología Abierta

Toda actividad investigadora presupone una práctica teórica mediada por la sobredeterminación de la actividad creativa. Un modo de producción es una relación social compleja que está en la base y es lógica de mediación social de las formas de pensamiento y enseñanza. En nuestro caso, de la Comunicología. No hay posibilidad de conocimiento sin trabajo. Toda mediación cognitiva es o presupone un proceso de producción.

Esto implica que es el resultado del trabajo de la imaginación humana para elaborar ideas, conceptos, sistemas de ideas que articulan un margen más o menos amplio de dimensiones de la vida social que nos permitan comunicar lo que consideramos los procesos estructurantes o las formas más o menos permanentes o regulares en el tiempo en las que se están organizando las sociedades, los modos de su cambio e inclusive las experiencias individuales en el seno de ellas. (Tapia, 2013, p. 41)

Eludir esto es negar la dimensión constitutiva esencial de toda obra o pensamiento, cuando no idealizar la llamada sociedad cognitiva. La multiplicación y densificación cotidiana de las nuevas tecnologías en nuestras sociedades –que han llevado a popularizar términos como los de sociedad de la información y/o del conocimiento para definir las características de un ecosistema comunicativo que nos envuelve y que acarrea nuevas formas de entender, no solo las relaciones sociales, sino también las formas de expresión política e incluso las dinámicas de desarrollo económico– resultan a veces tan opacas e impenetrables que el propio campo científico se niega a pensar reflexivamente las condiciones de su propia práctica académica. Así, por ejemplo, cuando abordamos problemas estructurales como el de la ciudadanía digital, la literatura especializada en la materia tiende a describir el nuevo ecosistema cultural a partir de una serie limitada de problemas relacionados con la brecha digital –como un nuevo factor que estructura la exclusión social–, con la reconfiguración de las formas de vivir y percibir el espacio público y con la revisión de los derechos fundamentales, a raíz de las transformaciones que acompañan al proceso de globalización, entendido este como un cambio en las condiciones en que se define y ejercita la ciudadanía. En menor medida se abordan cuestiones geopolíticas –tales como los modelos, políticas y estrategias de posicionamiento de la economía y la sociedad– desde miradas transversales que problematizan las propuestas y discursos

dominantes en la materia, como parte del proceso de inserción en la economía global. Al tiempo termina siendo necesario repensar las mediaciones que atraviesan y definen en la actual fase de desarrollo histórico el llamado Capitalismo Cognitivo. Inclusive si hablamos de producción y difusión del conocimiento, o en términos estrictamente académicos; si es que alguna vez se pudo y fue pertinente hablar en tales términos idealistas.

Así, si los procesos de acumulación por desposesión son una característica del modo contemporáneo de explotación capitalista, por otra parte, discutir los sistemas de propiedad intelectual y sus efectos en el conjunto de las industrias culturales y sistemas de información y conocimiento de la región se torna, a nuestro entender, una prioridad estratégica. Este esfuerzo apunta a repensar las formas de determinación del trabajo creativo, la jerarquización de los discursos científicos –y de las autorías– con la que hoy se encubren desigualdades de la división internacional del trabajo intelectual entre el Norte y el Sur globales. También, problemas concretos como la centralización y el oligopolio de las plataformas de divulgación científica –las cuales se encuentran basadas en criterios típicos de un diagrama en el que se valora un tipo de rentabilidad ajena a la producción de nuevo conocimiento. Incluso, la estigmatización de determinados campos dentro de las disciplinas por su baja rentabilidad económica. En este marco, la Comunicología precisa definir una agenda común sobre tales cuestiones, reconociendo la centralidad de la subsunción del trabajo intelectual.

La politización de la *decolonialidad* del saber-poder en nuestro ámbito proyecta en esta línea un programa de trabajo a discutir. Es necesario abonar el principio de apertura de espacios de cooperación y apropiación del conocimiento en función de los cambios en la producción académica, la cual se ve determinada por la relevancia de lo virtual sobre lo presencial y la centralidad de la mediación social de la ciencia. Por esto es fundamental, como dijimos, discutir los sistemas de propiedad intelectual y sus lógicas estructurantes; también, ante la radicalización del sistema de apropiación del conocimiento – como patentes y copyright– que, con otros tipos de mecanismos regulatorios, se impone con fuerza a través de diferentes escenarios geoestratégicos de la llamada Sociedad del Conocimiento.

En estos contradictorios procesos radica la lucha en común que CIESPAL pretende avanzar con los movimientos políticos y sociales. Nos disponemos contra de los abusos y la radicalización de los sistemas de patentes y otras formas de monopolios artificiales sobre bienes materiales e inmateriales, en pro de un biosocialismo de los bienes de información y el conocimiento de código compartido. Con este afán hemos convocado a reflexionar a la comunidad académica sobre la creación intelectual y la Comunicología, ante los nuevos cercamientos que median la actividad científica por los diferentes regímenes de propiedad en los cuales nos movemos, poniendo en escena las discusiones clave, buscando deconstruir y descolonizar los escenarios en los cuales se debaten y se

imponen estas agendas, en la práctica concreta de investigación, dentro y fuera de nuestras universidades.

Desde este punto de vista, el luchar *por el código* pasa por una práctica académica, política y social que genere conciencia crítica sobre los esquemas jurídicos y tecno-sociales que continuamente nos regulan; haciendo una defensa de la economía social del conocimiento y de los bienes comunes frente a agendas, políticas científicas y dispositivos de difusión que cercan y limitan la creación intelectual por la exigencia de acumulación y valorización capitalista. En particular, la determinación y naturaleza contingente de toda producción de conocimiento social hoy se torna mayor, debido al proceso de industrialización y tecnocratismos que envuelve la tarea de pensar en una academia crecientemente colonizada por la lógica abstrusa de capitalización. Ello implica un problema de Sociología del Conocimiento y de Teoría de la Ideología; en el sentido de intentar problematizar las nuevas formas de práctica teórica en los contextos histórico-culturales contemporáneos, desde el punto de vista –en el sentido benjamineano– del *sensorium* del actual modo de información que rige en el Capitalismo Cognitivo. Los efectos empírico-teóricos, y las posibilidades emancipatorias frente a las derivas de los nuevos contextos socio-técnicos –propiciados por la reestructuración del modelo de acumulación capitalista y los acuerdos de libre comercio transatlánticos que afectan hoy a la práctica académica en Comunicación– son evidentes. Están presentes en la vida del *cognitariado*, definen y gobiernan su organización y *modus operandi*, con el que han de compatibilizar viejos principios y modos de concepción de las Ciencias Sociales y las Humanidades clásicas y exigencias productivas e instrumentales inmediatas, las cuales son impuestas por las agencias y nuevos actores del sistema de ciencia y tecnología universalmente.

En este contexto, numerosas son las cuestiones a pensar y definir como líneas de investigación desde un enfoque sociocrítico. A saber:

- El estudio de las formas de la subsunción del trabajo académico en la Comunicología por el capitalismo cognitivo contemporáneo.
- El análisis de las políticas públicas del sistema de ciencia y tecnología y las nuevas formas de neocolonialismo comunicacional.
- La imposición de nuevas gramáticas en la escritura académica.
- Las contradicciones de la difusión del pensamiento comunicacional y los límites al desarrollo científico que imponen los oligopolios del conocimiento.
- La crítica teórico-metodológica de los sistemas de indicadores de impacto y sociometría como cercamiento del trabajo creativo.
- La problematización del derecho de propiedad intelectual y la defensa de sistemas de acceso libres para una Comunicología Abierta.

- La investigación de las formas de institucionalidad favorables a una economía de los bienes comunes del conocimiento comunicacional y la democratización de la práctica científica.
- La transdisciplinariedad que las humanidades digitales y los modos de investigación en red, mediados tecnológicamente, imponen como exigencia al nuevo sujeto cualificado del conocimiento.

Sabemos que este tipo de debates o planteamientos de investigación parecen hoy marginales o irrelevantes, pese a la creciente conciencia de los trabajadores intelectuales. En parte, tales cuestionamientos tienen lugar en un contexto estructuralmente hiperconcentrado y bajo el dominio del relato neoliberal que ha producido –como critica Chomsky– un asalto a las universidades. Las multas millonarias de la UE a gigantes como Google no resuelven el acceso restringido al conocimiento. Las prácticas monopólicas de estos actores globales –los cuales trabajan con la inteligencia social general están en la base de nuevas lógicas de poder y control de la videovigilancia– directa o indirectamente sobredeterminan la propia práctica académica, con la consabida renuncia a una política antagonista en el frente de la ciencia y la tecnología. Los indicadores de Google Scholar, o los monitoreos de fuentes de Google Search, prevalecen de hecho en los sistemas nacionales de ciencia y tecnología. Frente a la tradición de la filosofía de la sospecha y la organización autónoma de la actividad investigadora –que debería prevalecer para una articulación verdaderamente productiva de la actividad científica– hoy los responsables de evaluación y acreditación de la mayoría de gobiernos, con independencia de su lineamiento político e ideológico, replican acríticamente el mantra de los actores globales corporativos incidiendo en la pérdida de autonomía del campo académico por el metarrelato neoliberal de la eficiencia y el discurso de la Calidad Total, cuya lógica permea –como ha revelado en su genealogía Armand Mattelart– el propio modelo de construcción de la llamada Sociedad del Conocimiento.

Más allá de determinismos reduccionistas, convendremos determinar no obstante que, hoy por hoy, y pese a lo reiterativo de la panoplia institucional de argumentos al respecto, no es posible hablar de un único modelo de sociedad de la información. La propia UNESCO prefiere utilizar el término sociedades del conocimiento, poniendo el acento en la diversidad de modelos existentes. La falta de acuerdo en el tipo de indicadores que pueden definir el nivel de integración en la sociedad global de la información y la interrelación de las dimensiones políticas, sociales y económicas en este propósito hace más urgente, si cabe, la necesidad de reflexionar críticamente sobre la planificación y evaluación de las políticas públicas en materia científico-tecnológica. En este sentido el esfuerzo realizado en la elaboración de indicadores objetivables – por ejemplo, dentro de los objetivos del Plan Nacional del Buen Vivir (2013-2017) en países del Sur como Ecuador– ha de ser valorado y evaluado en función del papel jugado por las variables inmateriales en relación al desarrollo de un nuevo modelo productivo en el marco del Capitalismo Cognitivo, en coherencia con el Código INGENIOS y

su voluntad de transitar hacia una matriz productiva incluyente y democrática, basada en el uso intensivo de recursos infinitos (conocimiento, creatividad e innovación), un reto no exento de innumerables obstáculos e inconvenientes, como demuestra la experiencia vivida por CIESPAL en este proceso.

Por otra parte, además, es evidente que cuando discutimos el Capitalismo Cognitivo y los discursos de Sociedad del Conocimiento, estamos definiendo el modelo de mediación social de la ciencia, esto es, la propia reconfiguración de la esfera pública, del espacio público, merced al impacto de las nuevas tecnologías que tiene consecuencias fundamentales directamente en el ejercicio diario de la ciudadanía. Por un lado, a las nuevas tecnologías se le suponen una serie de potencialidades en el plano sociopolítico, entre las que destacan las de refundar las formas de socialización en las esferas privadas y los espacios públicos, reducir el fenómeno del déficit democrático así como la desafección ciudadana, contribuyendo a los procesos de desarrollo, innovación y mejora de las posibilidades de participación democrática. No obstante, la innovación tecnológica no tiene por qué coincidir necesariamente con consecuencias trascendentales y positivas para los modelos democráticos de organización. Antes bien, haciendo un ejercicio de memoria histórica, se podría considerar que las esperanzas puestas en la superación de los conflictos sociales, políticos, culturales y económicos a través de las nuevas tecnologías –además de suponer la reedición de los discursos difusionistas que ya vieron luz con anteriores revoluciones tecnológicas– responden a una mitificación ideológica cargada de racionalidad instrumental, por más que se pretenda fundamentar, discursivamente, por el propio sistema de ciencia y tecnología. De hecho, en la proclamada era de la educación expandida hemos vivido un creciente deterioro del sistema universitario y una paulatina privatización del dominio público en este ámbito, tanto que hoy el propio sistema nacional de investigación depende de plataformas concentradas de información y conocimiento que marcan las reglas de la meritocracia académica, en un proceso de clara transferencia de recursos del Estado a corporaciones privadas. Por ello, algunas entidades como CLACSO han apostado en firme por REDALYC y los repositorios abiertos de conocimiento.

El Portal de Revistas de Ciencias Sociales y Humanidades registra más de 730 publicaciones y 270.000 artículos a texto completo. La masa crítica de este espacio debería considerarse una iniciativa de referencia en política de ciencia y tecnología, así como en la evaluación de la actividad investigadora del cognitariado. Pero en el marco de referencia de las autoridades científicas dominan las compañías del Norte: Elsevier, Thomson Reuters, y otras que imponen una *netputación* del todo dudosa –ya que existe una opacidad constitutiva sobre los dispositivos de valorización de estas plataformas privadas en su proyecto hegemónico de dominio de la práctica académica colonizada. La propuesta de lucha por el código implica la liberación de algoritmos que hoy las corporaciones protegen y justifican –como antaño en el modo de producción

feudal el estamento sacerdotal limitaba el libre acceso a la fuente de todo conocimiento para reproducir la posición social y económicamente privilegiada. La econometría reedita así hoy, en la evaluación de la productividad académica, la historia como farsa de los nuevos mandarines en nuestro tiempo.

Los rankings de universidades, revistas, departamentos y centros de investigación, la cultura de libre competencia y productividad del sistema científico-técnico rompen con el principio de cooperación que rige, necesariamente, en la comunidad académica para el avance y progreso general del conocimiento. En otras palabras, conforme avanza esta lógica *parametral* del Capitalismo Cognitivo, se impone una cultura privativa, de alienación del conocimiento de su origen público y común como característica primordial de la actividad investigadora. Una clara constatación, o efecto más pernicioso, de la ausencia de una Comunicología Abierta, es la invisibilidad del campo regional y el neocolonialismo del Norte. Apenas unas pocas revistas latinas aparecen en Web of Science, pese a la mejora en los últimos años. Las políticas de ciencia y tecnología imponen además el criterio de la difusión, no la calidad, como elemento o indicio de validación de la productividad científica. Se observa en este proceso una suerte de neocolonialismo –en este caso angloamericano– que exigiría ser evaluado desde el punto de vista cualitativo. En cualquier caso –sin entrar a cuestionar la calidad de los productos difundidos en este modelo– lo cierto es que la imposición del inglés como lengua franca en la ciencia, sin discusión alguna, es resultado de una política pública que socava las bases culturales propias, que acepta una lengua foránea – solo *una*– como lengua vehicular no solo en organismos internacionales, sino incluso en las propias publicaciones académicas, por primera vez en la historia después del latín. La paradoja es que en espacios como la UE, donde se han invertido millones de euros –y antes *ecus*– para fomentar la diversidad y pluralismo lingüístico, con redes como los Centros de Documentación Europea (CDE), finalmente se termina por justificar el monolingüismo por razones presupuestarias. Se niega así la dimensión cultural e ideológica asociada a esta lengua en la gestión pública.

En este sentido, la crítica al Capitalismo Cognitivo y la defensa de una Comunicología Abierta pasa por abordar la cuestión central de esta discusión: reconocer o no la naturaleza comunal del conocimiento. Más allá de las tesis del *General Intellect* de Marx, lo cierto es que en la era moderna el capitalismo ha impulsado el principio comunitario de organización del trabajo científico defendido por los clásicos del funcionalismo sociológico. Y ello significa un modelo de reproducción del capital cognitivo basado en prestaciones y contraprestaciones, en socialización y acceso libre, en una visión en fin de servicio público.

Lo común, del latín *munus*, como bien advierten Laval y Dardot, remite a la doble faz de la deuda y del don, del deber y el reconocimiento, propios del intercambio simbólico. Sin reciprocidad y equidad no hay conocimiento posible.

Los términos communis, commune, communia o communio, formados todos ellos con la misma articulación de cum y de munus, significan no solo lo que es puesto en común, sino también y sobre todo a quienes tienen cargos en común. Lo común, el commune latín implica pues, siempre, cierta obligación de reciprocidad ligada al ejercicio de responsabilidades públicas. (Laval & Dardot, 2015)

Solo así es posible el círculo virtuoso de construcción de comunidad científica y de excelencia.

Bien es cierto que la lógica *managerial* de los círculos de calidad y el modelo toyotista es el que impone un régimen o práctica académica de rendición de cuentas poco habitual en la lógica tradicional de funcionamiento del campo. Pero hoy los índices, rankings y política de competencia que rige los sistemas de producción cognitiva anulan toda la potencia del principio de comunalidad en el trabajo científico. La colonización de las formas mancomunadas de investigación y docencia es un hecho. Por eso hablamos de subsunción del trabajo intelectual por el capital.

Esta captura no es posible sin el papel dominante del Capital Financiero. Los fondos buitres y el capital ficticio dominan no solo el ámbito de los medios de comunicación sino de la propia producción de conocimiento, tal y como vimos en la crisis de las punto.com. Ya sabíamos de las conexiones de lobbys – como el Grupo de Diarios de América con el capital financiero internacional– o la dependencia de las agencias de prensa internacionales –como Reuters– de quienes procuran, vía agenda setting, imponer ciertas coberturas de la crisis. En menor medida, sin embargo, se ha abordado la relación entre el Capitalismo Financiero y la investigación y práctica académicas –pese a la inmersión cotidiana de los comunicólogos en una lógica de captura propia del capital rentista, siguiendo la cultura de subasta y especulación propias del capital ficticio. Dos ejemplos ilustrativos de esta lógica es la transferencia de recursos propios, salariales, del investigador al pago de traducciones y derechos de publicación en plataformas privativas que explotan el trabajo académico, e incluso, detraen recursos monetarios del propio investigador. El otro ejemplo es la lógica del cálculo que rige la función editorial de las revistas académicas, más preocupados en índices de impacto y cotización en la bolsa de los conocimientos validados –como sistema de valorización (ficticio)– que por la calidad de los contenidos y objetos de conocimiento. Al grado que algunas publicaciones consideran que el rechazo –en una clara operación de cálculo interesado– de alrededor del 90 o 95% de los originales recibidos, garantiza un posicionamiento y factor de impacto mejorado. Esto es, los propios editores (y las editoriales consorciadas como oligopolios dominantes) imponen una lógica de escasez de espacios, canales y procesos de difusión del saber como forma de valorización de su propia plataforma; en una incansable competencia cuyo resultado evidente es la depauperación de los contenidos, la selectividad y exclusión de un amplio contingente de investigadores (destrucción creativa) y, tendencialmente, la

homogeneización por la exigencia de citaciones y creciente autoreferencialidad que demuestran estos escasos espacios y las agencias de calificación (privadas) que definen dichos criterios con total opacidad, imitando el procedimiento de las agencias de riesgo en los mercados de futuro.

Es por ello que, en 2013, organizaciones como el Wellcome Trust y el Consejo de Financiación de Educación Superior para Inglaterra suscribieron la *Declaración de San Francisco de Evaluación de la Investigación* (DORA), que opta por que los factores de impacto sean desechados como base para las decisiones de financiación, de nombramientos y ascensos.

A nuestro modesto entender, la Universidad –y específicamente la Comunicología– debe confrontar el Capitalismo Cognitivo en su terreno y volver a aprender a pensar, en el nuevo contexto de subsunción del trabajo intelectual, desde las preguntas intempestivas, partiendo de lo elemental, como plantean el colectivo IDOCENTIA (Fernández Savater, 2016). A saber:

¿En qué se convierte el ejercicio de la docencia cuando se considera una actividad de segunda, al tiempo que se estandariza e instrumentaliza la relación pedagógica?
¿En qué se convierte la investigación sometida a criterios y rankings que valoran principalmente lo cuantificable, exhibible y comercializable?

No vamos a extendernos en el análisis a todas las preguntas implícitas en este cuestionamiento que remitirían a una discusión sobre el sentido de la docencia en términos de filosofía de la educación. Pero vale la pena reconocer –básicamente, a modo de respuesta preliminar– que hoy se impone una investigación administrativa, sometida, desequilibrada, instrumental, acrítica, inconsistente, banal, medida y replicada insustancialmente en su absoluta irrelevancia. Hablamos al menos desde las Ciencias Sociales, pero cabe observar que en campos como la medicina o la ingeniería esta colonización es mucho anterior, más intensiva, llegándose a abordar problemas de conocimiento insignificantes para dejar de lado otras cuestiones que los intereses creados de farmacéuticas, grandes emporios o el propio capital financiero eluden promover por su escaso retorno monetario.

En este sentido, podemos formular tres críticas iniciales –en términos de la lógica económica neoliberal– a discutir desde la Universidad en este proceso:

1. *Eficiencia.* Tal y como demuestran Haffman y Radder, la eficiencia es solo una promesa en este modelo del Capitalismo Cognitivo. Gran cantidad de investigadores quedan excluidos fomentándose con la competencia cuelllos de botella y dificultades de acceso que invierten el equilibrio de la correlación recursos-resultados. Esto es, como la propia economía neoliberal, el modelo de cultivo del Capitalismo Cognitivo es evidentemente ineficiente en el ámbito de la investigación social. La lógica parasitaria que promueve arruina el talento, aportes y actividad de un gran número de investigadores por la imposición del principio de escasez de canales, recursos y fuentes para su actividad. Un

ejemplo doloso evidente de esta ineficiencia tiene que ver con la difusión del conocimiento. Es evidente que no resulta nada favorable para un sistema nacional de ciencia y tecnología una política que invierte dinero público para ser transferido al centro del capital –Estados Unidos, por ejemplo, y sus oligopolios del conocimiento– negando la pervivencia de una industria editorial propia de revistas, por la exigencia de publicar en monopolios como Thompson Reuters. Los estudios sobre el coste de publicar en inglés ya han sido desarrollados ahora que se insiste desde el Instituto Cervantes en el valor económico del español. Los economistas neoliberales no analizan por ejemplo el coste de que cada investigador o ciudadano tenga que aprender el inglés por imposición –ni las dificultades de adquisición de ciertas destrezas y competencias lingüísticas en el caso de campos especializados como la ciencia. Según Hoppe (2015), para Reino Unido son más de 13.000 millones anuales de beneficio, los cuales deberían considerarse un claro perjuicio para el desarrollo de la industria cultural latina. Por no mencionar las acciones que han iniciado, en la propia docencia y organización del campo, de la resistencia del cognitariado en forma de sabotaje y huida de esta lógica de la exclusión.

Entre la actitud perversa de los investigadores de un sistema que no reconocen – porque resulta injusto e improductivo– y la subversión activa opuesta al modelo imperial que se introduce en la Universidad, el caso es que el modelo de organización del campo resulta menos productivo en proporción de un modelo de Comunicología Abierta y autónoma.

2. *Calidad y competencia.* Como sucede en los medios, la precariedad de la fuerza de trabajo incide directamente en la baja calidad de contenidos. Por ello la Periodística aborda hoy el tema con preocupación. Del mismo modo, una academia comunicacional precarizada, sin consideración de la industria –nunca la tuvo–, está llamada a bajar los estándares de calidad justamente por la homogeneidad de indicadores neopositivistas de producción que hoy rigen en la lógica difusora que impera con la competitividad. La obsesión por la excelencia ha llevado, en esta inercia, a todo tipo de planteamientos: desde el plagio en el inicio de la carrera investigadora de los más jóvenes, presionados por una exigencia de productividad nada razonable en un proceso largo de formación, hasta el pirateo y la repetición sin creatividad de los investigadores *senior*, obligados a trabajar sobre ciertos tópicos y metodologías que impone el sistema, por no olvidar la ausencia de producción teórica original ante el empirismo reinante que todo lo gobierna. La cultura de los ganadores impone en esta dinámica la abstracción de la ciencia como resolución concreta de problemas que oculta y olvida los descontentos y deshauciados de este modelo neoliberal. El modelo crediticio, valga el juego de palabras, ha desacreditado a tal grado la academia que empiezan a renunciar los más jóvenes a una carrera sin sentido, además de algunos de los mejores y más veteranos académicos, por

la loca carrera de impactos requeridos, sin diálogo ni construcción en común. El conocimiento es –siempre lo fue– compartido. Crece si se comparte, porque la vida está tramada, también la ciencia, en ecosistemas. Nacer, dice Morin, es conocer. Y como en la vida, no es recomendable soñar en islas de Robinson, sino en archipiélagos conectados de áreas, departamentos, grupos, institutos y universidades. Conectar, compartir, dialogar son las lógicas de cooperación que hacen posible el avance del conocimiento. Esta es *conditio sine qua non* para el progreso del saber. En Comunicología, la Ciencia Aplicada de lo Común, bien lo sabemos. Por ello confundir la calidad de un medio de difusión con la calidad en sí del producto difundido, o identificar excelencia con un puesto en un ranking es más que un indicio. Se trata más bien de una señal confusa del ser, el deber y el estar que ha de distinguir a todo sujeto de conocimiento.

3. *Innovación*. Finalmente, la crítica del Capitalismo Cognitivo ha de cuestionar el fetichismo de la economía emprendedora ante los monopolios virtuales. En la era del turbocapitalismo, renovarse o morir actualiza el discurso *schumpeteriano* de la destrucción creativa como principio irrenunciable de la docencia y la investigación. Al amparo de este discurso mixtificador se favorece la concentración de presupuesto en áreas, grupos, territorios, departamentos e investigadores selectos, reduciéndose las condiciones de acceso a recursos por el conjunto y mayoría del campo académico en general. Ya hemos argumentado lo ineficiente de este modelo. Pero más allá aún, el problema de la destrucción creativa, como decimos, no solo es su ineficiencia sino que, por ende, excluye a amplios conjuntos de investigadores, sin incrementar la innovación pues, como decimos, uno ha de investigar lo que el sistema financia o publicar aquello que las jerarquías establecidas definen en la posición de poder desde ciertas plataformas oligopólicas de difusión del conocimiento. Por otro lado, el sistema de cercamientos del Capitalismo Cognitivo objetivamente limita la innovación. Primero porque no está demostrado que con la contribución científica el sistema reconozca un retorno a los trabajadores del campo. Así por ejemplo quien suscribe –permita el lector ilustrar con un caso propio– ha vivido en la última década una merma de recursos. Pese al incremento considerable de resultados de investigación y la productividad del grupo dirigido –COMPOLITICAS– uno observa cómo han ido progresivamente menguando los recursos de retorno por el incremento de la productividad y aportes al campo. Esta realidad se da por lo general en el propio Estados Unidos (productividad intensiva y elevada concentración de fondos en grupos y proyectos de I+D prestigiosos) o, como demuestran Haffman y Radder, en otras latitudes como Holanda. El paso de la “biscuit factory” a la “Factory logic” representa la reducción de diversidad, equilibrio, criticidad y cultivo de áreas como las humanidades, consideradas de baja eficiencia productiva, por no ser directamente rentable según la lógica neoliberal; lo que sin duda elimina una de las condiciones para la innovación: la diversidad. Por otra parte, la creatividad tanto en la docencia como –para el tema que nos ocupa– la investigación es notoria en los últimos años. La

reorganización de las funciones directivas en la universidad –siguiendo los esquemas de la empresa postfordista, con mayor control jerárquico y menor autonomía en los procesos, incluso a nivel micro con la burocratización– reduce el margen de creación por la imposición de lógicas tecnocráticas que poco o nada tienen que ver con la pregonada cultura innovadora a promover en instituciones inteligentes. La conminación a publicar, la serialización de lo mismo en las revistas top indexadas, la estandarización, aún especializada, de la ciencia da cuenta de la lógica de ley de hierro del capital en la práctica académica cuando se elimina la condición de todo acto creativo: la autonomía. Como ya nos explicara Bourdieu, aquellos investigadores que no se rinden a las concesiones propias de un hacer productivo determinado por esta lógica productiva quedan al margen, ignorados, invisibles, obliterados en la historia y estructuración del campo específico de investigación. Y esto de forma cada vez más determinante. La precarización a la que hacemos referencia es el reverso de la conversión en mercancía del propio investigador y su promoción reticular por portales privados que nos hacen cotizar en bolsa, con independencia del valor real y efectivo del trabajo realizado. Cabe advertir al lector que esta aventura apenas ha iniciado.

Es previsible que cuando Google Scholar se convierta en referencia métrica de revistas científicas como parece ser con Journal Scholar Metrics, el papel de la Universidad será trabajar para Silicon Valley. La colonización obviamente no es solo lingüística. Se trata de la subalternización de los conocimientos, instituciones y formas de producción local, de acuerdo a la captura del trabajo vivo que imponen los GAFAM y otras corporaciones financieras. Cabe pues cuestionar el futuro de la Comunicología a la luz de este contexto del que, lamentablemente, apenas se ocupa, en términos de Economía Política del Conocimiento.

Si no queremos ser esclavos de la promesa de salvación, siempre postergada, de los apologetas del Capital, la alternativa a una lógica como esta, además de la resistencia y oposición al modelo neoliberal que prevalece en la Universidad, pasa por la construcción de una Economía del Conocimiento como Bien Común basado en la cooperación frente a la competencia. La educación y el conocimiento libre, la ciencia para la sociedad por una democracia deliberativa, y la introducción de tiempos lentos frente a la exigencia productivista, cuantitativa, alienante y dispar en términos de calidad, consistencia y pertinencia de la investigación apuntan hoy en el Capitalismo Cognitivo un programa y agenda de trabajo por definir colectivamente entre el *cognitariado*. Previsiblemente, en los próximos tiempos serán comunes las huelgas, sindicación y luchas del campo de investigadores en nuestras universidades para definir agendas y políticas públicas así como indicadores alternativos ante tal estado de la cuestión. Esperamos que de estas luchas incipientes se avancen políticas para otro modelo de formación de las capacidades de investigación y formación del talento humano, cultivando nuevos ecosistemas mancomunados

de socialización comunicacional, institucionalidad universitaria y académica al servicio de la sociedad y de los bienes comunes, en pro de infraestructuras y tecnologías abiertas, así como plataformas públicas y libres para la circulación de información, datos y conocimiento en gestión y participadas. Sólo así es posible referenciar un modo de práctica académica distinta que trascienda la subsunción del trabajo intelectual por el capital. Ello presupone una Comunicología Abierta, capaz de considerar

[...] aspectos, espacios y tiempos de la vida social antes no trabajados con el mismo conjunto de conceptos y de métodos ya existentes, produciendo así una red un poco más densa y continua de relaciones sociales, es decir, producir una síntesis cognitiva que implique un mayor conjunto de relaciones explicadas, aunque sea con el mismo conjunto de conceptos preexistentes. (Tapia, 2013, p. 47)

Pensar la Comunicología Abierta, desde este punto de vista, significa, en fin, explorar el territorio local, construir genealogías del saber-poder informativo, reconocer los saberes locales, las costumbres y modos de producción comunales. Esta lectura necesariamente es histórica y, en consecuencia, o complementariamente, económico-política.

La Comunicología, concebida como ciencia aplicada de lo común, no tiene razón de ser, en este contexto, si no a partir de su voluntad experimental frente a todo intento de cierre categorial que es cuestionable desde una crítica de los límites en un tiempo, el del Capitalismo Cognitivo, en el que por fin aprendimos que pensar es vivir, y que vivir es pensar cómo habitamos juntos. Esperamos que este número de Chasqui ayude a caminar en esta dirección.

Francisco SIERRA CABALLERO
Editor
www.franciscosierrecaballero.com

Referencias bibliográficas

- Fernández Savater, A. (2016, 19 de febrero). Disciplinar la investigación, devaluar la docencia: Cuando la Universidad se vuelve empresa. *El Diario. Es*. Disponible en: <http://bit.ly/1QPVBXJ>.
- Hoppe, D. (2015): “Los costes del monolingüismo”, *Le Monde Diplomatique*, número 143, Abril.
- Laval, C. & Dardot, P. (2015). *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa.
- Tapia, L. (2013). *De la forma primordial a América Latina como horizonte epistemológico*. La Paz: CIDES/UMSA.